

# *El Berlín de la época fridericiana*<sup>1</sup>

BERIT BALZER

El siglo XVIII fue en la cultura alemana una época crucial, de grandes cambios sociohistóricos y filosóficos, como también en el terreno de las artes y de las costumbres. El reinado del más destacado de los monarcas de Prusia, Federico II, supuso para Berlín un auge urbanístico de gran alcance, convirtiéndola en ciudad señera de un nuevo poder estatal que, con el tiempo, se convertiría en la capital de la futura Alemania. Pero detrás de esa representatividad cara al exterior se ocultaban unas lacras sociales típicas de cualquier gran urbe en la incipiente edad industrial y explicables en un Estado eminentemente militarista. Frente a la imagen cosmopolita, proyectada por las fachadas de lujosos edificios, se advierte también una vida cotidiana bastante menos esplendorosa en la realidad. Es nuestro propósito poner de relieve la cara y la cruz del siglo fridericiano, en lo que a Berlín y sus habitantes se refiere.

Federico II, también llamado «der Große» («el Grande» o «Magno»), ha sido, a lo largo de la historia, una figura controvertida —admirada y repudiada— como brillante estadista y militar, al igual que por sus notables dotes de filósofo, literato, músico y conocedor/consumidor de arte. Más que ningún otro soberano alemán fue él quien sentó las bases del absolutismo ilustrado. La época de su reinado (1740-1786) constituye el

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada bajo el epígrafe «Ciudades reales e imaginarias en la literatura», en el IV Curso Superior de Filología Moderna, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, 10 de julio de 1992.

trasfondo de una serie de aspectos de la vida berlinesa, ya que, al igual que sus predecesores, Federico II seguía manteniendo su residencia allí.

El reino de Prusia resultó de una coalición —por herencias y reajustes de poder— entre el electorado de Brandeburgo y el reino de Prusia oriental, situado en el Mar Báltico. Tras establecer la unificación política de esas tierras en 1660 —recordemos que la Guerra de los Treinta Años había terminado hacía doce—, el Gran Príncipe Elector supo administrar los bienes del Estado, convirtiendo el Ducado de Prusia en una de las potencias de más rápido ascenso en Europa. En 1701, el Emperador Leopoldo I concedió el título de «Rey de Rusia» a Federico I, hijo del Gran Elector. Su sucesor, Federico Guillermo, consiguió engrosar aún más las arcas del Estado, al tiempo que reunió un ejército profesional de gran eficacia. Federico II «el Grande», cuarto hijo de Federico Guillermo, nació el 24 de enero de 1712. A la muerte de su padre, en 1740, le sucedió en el trono por ser el primer varón en llegar a edad adulta, si bien no era el primogénito de los catorce hermanos. En 1733 contrajo matrimonio con Elisabeth Christine de Brunswick, pero quedó sin descendencia. A su muerte, en 1786, le seguirá en el trono su sobrino, Federico Guillermo II, cuyo hijo Federico Guillermo III, fruto de unas segundas nupcias, reinaría hasta 1840.

Mientras, tuvieron lugar en el contexto europeo del siglo XVIII una serie de acontecimientos históricos, de los que destacaremos los más significativos. Durante el reinado del padre de Federico II se había producido la Guerra de Sucesión española, que, en 1700, dejó con Felipe V el poder de los Austrias en manos de la dinastía borbónica. El hijo de éste, Carlos III, sería a su vez el monarca más ilustrado de España y de sus posesiones de ultramar.

Volviendo a la situación prusiana, Federico II en su primer año de gobierno anexionó Silesia, una región que hasta entonces había formado parte del Imperio austríaco. Los resultados de la Guerra de los Siete Años (1756-63) no hicieron más que confirmar las conquistas previas de Silesia. La Emperatriz María Teresa tuvo que ceder esa región definitivamente a Prusia. Se inició así el paulatino declive de la hegemonía del Sacro Imperio Romano y el ascenso de Prusia al poder político y militar. En 1772, Federico II amplió considerablemente los confines de su Estado con la incorporación de Prusia occidental, integrada hasta entonces en Polonia. De resultas de la segunda y tercera partición de Polonia, Prusia terminó haciéndose con extensos territorios, aunque algunos los volvería a perder en las guerras napoleónicas.

Las conquistas del ejército prusiano, famoso por su férrea disciplina y por la formación en línea de su infantería —una de las primeras en atacar al enemigo con bayonetas—, iban acompañadas —no deja de ser irónico

teniendo en cuenta el despotismo de regímenes anteriores— de una cierta apertura política y social. Ello se debe a que —como ya hemos apuntado— tuvo gran repercusión, en la idea del Estado prusiano, el bagaje filosófico de la Ilustración.

Immanuel Kant llamó al «siglo fridericiano» el «siglo de la Ilustración». Fue una época decisiva para la filosofía alemana, quizás la más fértil. Los precursores de la Ilustración en Alemania fueron Christian Thomasius y, sobre todo, Christian Wolff, profesor de la entonces prestigiosísima universidad de Halle. Su línea de pensamiento significaba una clara imitación de los franceses, especialmente Descartes, puesto que, al igual que éste, afirmaba que todo saber humano se basa en la experiencia. Thomasius tenía, por lo demás, una concepción escéptica de la capacidad del hombre para ilustrarse y superarse. Christian Wolff era más optimista en este sentido. Basaba sus especulaciones en el sistema filosófico-matemático de Leibniz, modelo para todas las ciencias. Consideraba el mundo como racionalmente comprensible y centraba su atención en los derechos naturales del hombre, idea que posteriormente quedaría plasmada en los ideales revolucionarios americanos y franceses. Ahora bien, se creía que el Estado (o la autoridad que lo representa) tenía el deber de fomentar el bienestar y la seguridad de los súbditos. Tal filosofía estatal iba como anillo al dedo a las pretensiones de un monarca absolutista, con visos de conceder ciertos limitados derechos a sus ciudadanos. Existía, en fin, una especie de sabiduría patriarcal de la autoridad. Ese paternalismo típico del siglo XVIII lo ejemplifica en España la famosa frase de Carlos III: «Los pueblos son como los niños: lloran si se les lava la cara».

Al empirismo de Voltaire, derivado de Newton y Locke, se sumaba ahora el principio de la razón suficiente de Leibniz. Consistía este principio en afirmar que nada ocurre sin una razón. Lo que hace el ser humano siempre tiene un motivo, aun cuando la razón suficiente para sus actos carece de una necesidad lógica. El universo como entidad ha de tener una razón suficiente que necesariamente se encuentra fuera del universo. Esta razón suficiente es —según Leibniz— Dios.

Federico II, el «rey filósofo» y gran amigo de Voltaire, acogió con agrado las teorías de Wolff derivadas de Leibniz. Si en su *Antimaquiavelo* de 1740 afirmaba que el príncipe debe considerarse como el primer servidor de su pueblo, por otro lado interpretaba que el soberano ha de ser el «tutor» de sus súbditos: el bienestar y la seguridad dependen de la obediencia y no del raciocinio de los ciudadanos. Kant cita la siguiente máxima de Federico II: «Razonad todo lo que queráis y sobre lo que os plazca, pero obedeced». La filosofía crítica de Kant significa un intento sistemático de evitar la unilateralidad del empirismo y del racionalismo. Su imperativo categórico reza: «Actúa únicamente conforme a aquella

máxima que puedas desear se convierta en ley general». Este imperativo confería una base idónea a un aparato estatal cuya responsabilidad primordial era la de asegurar la libertad mediante leyes. Lo que ocurre es que muchos de los pensadores ilustrados como Nicolai, Moses Mendelssohn y otros, tras la Revolución Francesa, se hicieron sospechosos de «jacobinismo», ya que se pensaba que ideas como las suyas habían desembocado forzosamente en un baño de sangre. Como sea, el «fridericianismo» fue una época cumbre para los conceptos de legitimidad, democracia, derechos fundamentales y humanos, libertad, etc.

Por otra parte, el absolutismo contó en Prusia con un teórico descolante: Samuel Pufendorf, quien mantenía —al igual que su rey Federico II y Montesquieu— que las leyes deben conformarse al espíritu de la nación. Propugnaba Pufendorf el derecho natural del hombre, a la vez que la superación de ese estado natural mediante el orden estatal, concepción que luego sería atacada por Rousseau. Las ideas de Pufendorf acerca de un Estado constitucional —idea destacada del XVIII— hacen de ese siglo una época de tránsito desde los derechos fundamentales de los estamentos a los de la burguesía. Christian Wolff había señalado que la naturaleza del hombre le otorga el derecho a la igualdad, a la libertad, a la seguridad, a estar libre de temor, así como un derecho a la educación. No era deseable una libertad basada en privilegios, sino una libertad basada en derechos y obligaciones universales. Kant va incluso más allá de tal postura al criticar un Estado del bienestar que tutelaba al ciudadano para garantizar la felicidad de todos. Afirmaba que el Estado de derecho debía garantizar la libertad de sus ciudadanos para que éstos pudieran administrar sus propias responsabilidades, siempre y cuando respetaran la libertad de sus conciudadanos. Vemos que, en definitiva, las ideas ilustradas eran potencialmente un arma de doble filo.

Aunque la religión prevaleciente en la Prusia de Federico II era el protestantismo, se llegó a practicar un alto grado de tolerancia religiosa. Uno de los más fervientes defensores de tal tolerancia fue Lessing con su ensayo de 1777 *La educación del hombre* y su obra teatral *Nathan el Sabio*. Lo cierto es que, por parte de la autoridad, primaba el interés del Estado por encima de todas las diferencias confesionales. Se toleraban otras creencias y no había religión estatal, aunque el marco referencial fue siempre una especie de cristianismo práctico. Como en muchos otros campos, la necesidad política dictaba la coexistencia pacífica de diferentes confesiones en el propio territorio. Así, a la Prusia luterana se sumaban los hugonotes franceses y los católicos de Cleves y Silesia, más una minoría de judíos, de tal forma que, en 1780, existían en el territorio de la antigua Brandeburgo, con su capital Berlín, cinco parroquias evangélicas, nueve católicas y cuatro sinagogas, sin olvidar las diferentes logias

masónicas. Y es que tal variedad de prácticas religiosas no ponía en peligro la paz interna. Federico II afirmó, ya en 1740: «En mi Estado, cada cual podrá alcanzar la bienaventuranza a su manera». A pesar de todo, la censura corregía cualquier exceso radical o fanático y no existía libertad de prensa general. La tolerancia oficial excluía opiniones deístas o ateas.

Federico II tenía una personalidad de doble vertiente. Por una parte, siguió el modelo de su madre —y, en líneas más generales, el de Leibniz—, por lo que recibió una educación ilustrada. Pero, por otra parte, también se formó en el espíritu militarista según el ejemplo de su padre, aunque rechazaba la falta de modales de la soldadesca. La emotiva lectura del *Telémaco* de Fénelon le encandiló en sus primeros años. De resultados de ello quiso dedicarse a actividades musicales y humanitarias, lo cual le acarreó un duro enfrentamiento con su padre. Entre 1736 y 1778 mantuvo un voluminoso epistolario —¡consta de unas 700 cartas!— con Voltaire, su «confesor filosófico», llegando a la conclusión de que la verdadera religión era la humanidad. Por lo demás, tiene sin duda un significado emblemático que el rey hablara preferentemente en francés o fingiera, conscientemente, un alemán defectuoso. Debía de estimar que esa lengua no era el instrumento más apropiado para el refinamiento que él preconizaba.

El siglo fridericiano destaca, en el terreno de las ciencias, por la fundación de numerosas Academias. Las nuevas ideas cosmopolitas aconsejaban la conveniencia de contar con una Academia Prusiana, que se conoció como la Sociedad Berlinesa de las Ciencias. Fundada en 1700, su primer presidente fue Leibniz y se dividía en tres grandes ramas: 1) física-matemática; 2) germanística, y 3) histórico-literaria. Al cabo de poco tiempo se sumó a ellas medicina y ciencias naturales. La Academia de las Ciencias de Berlín adquirió cierta fama, durante el reinado de Federico II, por lo audaz de sus cuestionamientos, sobre todo en el terreno filosófico. El rey fomentó también las ciencias, mientras que su padre, el rey-soldado, había sido más bien enemigo de las ciencias. Para el conocimiento de la medicina fue esencial la fundación, en 1725, del famoso hospital berlinés «La Charité», en activo hasta hoy día. La formación académica en la rama de la medicina ofrecía mayores posibilidades en Berlín que en cualquier universidad de provincias. Federico tenía proyectos para una Facultad de Veterinaria, pero ésta no se llevó a cabo hasta 1790, cuatro años después de su muerte.

Se produjo también un primer auge de la psicología como rama de la filosofía que se dedicaba a indagar —como es sabido— la relación entre cuerpo y alma. El escritor Karl Philipp Moritz fundó en 1783, en Berlín, la primera revista de psicología empírica. Igualmente son dignas de men-

ción las publicaciones enciclopédicas, editadas en Berlín, sobre las últimas novedades tecnológicas.

Federico II hizo sus pinitos como historiador, tomando de nuevo como modelo a Voltaire. Posteriormente a la estancia de éste en Sanssouci, de 1750 a 1753, el rey redactó —en lengua francesa— una *Historia de la casa de Brandeburgo* y, a partir de 1765, una crónica de la Guerra de los Siete Años. En 1750, Voltaire recibió de sus manos la Orden «Pour le Mérite», distinción que le fue retirada dos veces durante el conflicto franco-bávaro, por motivos patrióticos. De nuevo, primaba el interés de la alianza política, o la razón de Estado, sobre la amistad personal.

Todo este ensamblaje histórico-político-filosófico fue teniendo un impacto en la transformación arquitectónica de la ciudad de Berlín; o si se quiere, los espacios vitales tanto de la aristocracia como de las demás clases sociales se vieron radicalmente afectados. Berlín empezó, por así decirlo, a poner los primeros cimientos de su futura capitalidad alemana.

Situado junto al río Spree, que desemboca en el Havel formando una serie de lagos, Berlín remonta su historia hasta principios del siglo XIII, cuando las dos poblaciones originales, Spandau y Köpenick —hoy en día barrios incorporados a la ciudad—, se juntaron para formar Berlín y Kölln, superando con el tiempo en importancia la primera a la segunda. En 1415, el liderato de la Marca de Brandeburgo fue confiado al linaje de los Hohenzollern, dinastía prusiana que se mantuvo hasta 1918, fin de la Primera Guerra Mundial.

Así pues, en lo que respecta a las reformas urbanísticas del Berlín de los tiempos de Federico II, conviene resaltar la importancia de Potsdam, situada a cuatro horas en carroza, ciudad que el rey eligió en 1745 para su nueva residencia. Porque hablar del Berlín de Federico II sin mencionar Potsdam sería como hablar del París borbónico sin mencionar Versalles.

En las artes perduraban las tendencias del barroco, y en la arquitectura su particular vertiente decorativa, el rococó. Tan sólo hacia finales de siglo hizo entrada en las artes el clasicismo como nueva recepción de la antigüedad a través de los trabajos de Winckelmann. Este arqueólogo e historiador del arte alababa la «noble sencillez y tranquila grandeza de los griegos», concepción artística traducida a una multitud de obras arquitectónicas de Schinkel, pero que ya forman parte de un Berlín algo posterior a la era fridericiana, como lo será también la construcción de la Puerta de Brandeburgo, terminada en 1793 por el arquitecto neoclásico Langhans. La actividad constructora tiene lugar, sobre todo, en el segundo tercio del siglo XVIII. Influyen en ella los gustos artísticos del rey, quien, como no concebía un solo estilo generalizado, se mostró más bien ecléctico. Hizo sus propios esbozos para la residencia de Sanssouci en Potsdam, y para realizar estas obras incluso llegó a pelearse con el arquitecto Wenceslaus

von Knobelsdorff en 1746. Aun así, ese conjunto de parques y palacetes se inauguró un año más tarde.

El palacio de Sanssouci está situado sobre una pequeña elevación —un antiguo viñedo— que ofrece una vista panorámica del valle del Havel. Se trata de un lugar climáticamente privilegiado, en donde el rey, lejos de la etiqueta de la corte, pensaba dedicarse al disfrute de las artes y a la meditación filosófica. Es una construcción baja y ancha, de una sola planta, que da sobre un terraplén en forma de seis terrazas, plantadas de altas vides que están protegidas del frío invernal, como es típico en esas latitudes, por unas mamparas movibles. Una magnífica escalinata de 132 escalones salva la altura del viñedo y lleva a unos extensos jardines. La propia forma abierta de este palacio es emblemática del poder absoluto del monarca: éste ya no se atrincheró en una fortaleza frente a sus súbditos, sino que «abre sus brazos», se deja ver y exhibe su poder. El estilo rococó cobra aquí incluso mayor ligereza por sus formas claras y graciosas y por la luminosidad del colorido y del espacio. Predominan los mármoles de color claro, el blanco del estuco, el dorado y plateado, los ventanales diáfanos y una profusión de espejos. La naturaleza juega un importante papel, pues se incorpora al conjunto arquitectónico mediante estanques y fuentes, paseos y amplios espacios verdes. Se ha abandonado en gran medida la simetría del jardín francés, con sus setos y arbustos recortados y domesticados, a favor de una mayor naturalidad aleatoria de los senderos y de las arboledas. Descuellan también, en este parque, los diversos templos y pabellones, así como el Nuevo Palacio —una construcción monumental que el propio rey calificó de «fanfarronada»—, el Jardín Siciliano, los Baños Romanos, la Casa China del Té, la Orangerie y la Faisanería. Pero sin duda alguna, el palacio de Sanssouci es arquitectónicamente el que mejor traduce la ambición y la disposición anímica de Federico II de Prusia, inspiradas en las escenas bucólicas de un Watteau, un Boucher o un Fragonard.

Berlín había sido una ciudad soldadesca durante la época del padre de Federico II, Federico Guillermo, quien utilizaba gran cantidad de plazas para ejercicios militares. En 1757 fue ocupada por tropas austríacas y tres años más tarde por tropas rusas que arrasaron Schöneberg y dañaron seriamente el palacio de Charlottenburg. Una vez firmada la paz de Hubertusburg, que en 1763 puso fin a la Guerra de los Siete Años, se dedicó un mayor esfuerzo a las mejoras urbanísticas. Por iniciativa de Federico el Grande, la ciudad fue cobrando, paulatinamente, un esplendor real. Knobelsdorff terminó el ala este del palacio de Charlottenburg. Su sala de fiestas, la «Galería dorada», es un punto culminante del arte del rococó. Se empieza, asimismo, la construcción del «Foro fridericiano», pero de este proyecto urbanístico sólo se lleva a cabo la Ópera, situada en el pa-

seo Unter den Linden (Bajo los Tilos). El Palacio del Príncipe Enrique alojaría más tarde la Universidad de Berlín. Entre 1775 y 1785 se construyó, enfrente de la Ópera, la Biblioteca Real, copiada de un ala del Hofburg vienés. Se amplificó Unter den Linden como la avenida más representativa entre el palacio urbano y la plaza cuadrículada adyacente a la Puerta de Brandeburgo. El Puente de la Ópera, construido en 1774, conectó hacia el este con los jardines del Lustgarten. En el diseño de jardines y parques cabe destacar de nuevo que ya no se seguía tanto el modelo de Versalles, sino también se hicieron notar influencias de los menos formales parques ingleses. Entre la Deutscher Dom (Catedral Alemana), llamada también Neuer Dom (Catedral Nueva), y la Französischer Dom (Catedral Francesa), se construyó en 1774 un teatro para estrenar obras francesas, aunque a partir de 1781 se representó también teatro alemán.

El arquitecto Knobelsdorff transformó también el gran parque, hoy en día el zoológico «Tiergarten», de coto de caza en jardín público, para que la población pudiera disfrutar de la naturaleza. Tras la Segunda Guerra Silesiana hizo construir Federico varios cuarteles, con la idea de liberar a los berlineses de la carga del acuartelamiento en casas particulares.

En resumidas cuentas, hay que hacer hincapié en el alto grado de eclecticismo que caracteriza el estilo arquitectónico fridericiano. Durante el siglo XVIII, Berlín duplicó con creces su población, de 61.000 en 1713 a 145.000 en 1786. Para paliar la demanda de espacio se habían construido las luego tan típicas «Hinterhäuser» (patios interiores que guardan cierto parecido con las viejas «corralas» madrileñas), densificando la ocupación urbanística y afeando también el aspecto de muchas casas. El barrio de Friedrichstadt, situado entre Unter den Linden y la Leipziger Straße, era la parte más elegante de Berlín; el noroeste estaba ocupado por suburbios de gran pobreza. Contrastaban éstos con el afán de ofrecer una muestra de poder y bienestar al visitante de la ciudad. La nueva cultura monumental, traída sobre todo por el escultor de la corte francesa Tassaert, llenaba las calles y plazas de monumentos a los generales victoriosos. Se erigió un primer conjunto europeo de estatuas a personalidades en la Wilhelmsplatz. Es novedoso porque muestra los rasgos individuales y los trajes o uniformes de la época.

En cuanto a la actividad constructora desarrollada durante el reinado de Federico II, merece destacarse en especial la fundación de colecciones y museos. La pinacoteca Altes Museum/Berlín es un ejemplo claro de la preferencia personal del rey por el ya mencionado arte de Antoine Watteau y sus fiestas galantes. El famoso cuadro «Embarque a Citera» de este pintor se conserva, entre otros tesoros, en el palacio de Charlottenburg.

Importante fue la reanimación de la Academia de las Artes por parte del dibujante y grabador Chodowiecki en el año de la muerte de Federi-

co II. Chodowiecki fue el comentarista/cronista por excelencia de las costumbres de la era fridericiana, así como ilustrador de un gran número de publicaciones y ediciones literarias, entre otras, de la obra de Gellert, Lessing y Schiller.

A partir de 1665 fue Berlín, después de Leipzig, la segunda ciudad europea en contar con un periódico diario. En tiempos de Federico II existió la *Berlinische privilegirte Zeitung* y las *Noticias berlinesas*. A partir de 1755 se institucionalizó la censura de la prensa con motivo de la nueva constelación política en Europa.

La producción literaria experimentó grandes innovaciones durante el siglo XVIII, principalmente por la alfabetización y la difusión de la letra impresa. También en este terreno se percibe la influencia de la Ilustración francesa. Cambian considerablemente los hábitos de lectura y se puede hablar, por vez primera, de un auténtico público lector. El creciente consumo literario permite no sólo el afincamiento de una serie de editoriales prestigiosas, sino también la creación de un periodismo literario. Se empiezan a editar en Berlín periódicos de carácter literario y cultural —como *Teutscher Merkur* («El Mercurio Alemán»)—; algunos con una mayor difusión popular que otros —como *Hoja Literaria Semanal Berlinesa*—. Recordemos además que una de las muestras más tempranas de crítica literaria fue *Cartas concernientes a la literatura alemana reciente* (1759), de Nicolai.

Se instalaron bibliotecas en Berlín y Potsdam, que, no obstante su carácter privado, son accesibles para el usuario. Ahora bien, llama sobremanera la atención que el rey, si bien se las daba de bibliófilo, descuidara durante la mayor parte de su reinado la Biblioteca de la Corte berlinesa, fundada en 1661 por el Príncipe Elector. No hubo ninguna biblioteca en Prusia comparable a las de Viena, Dresde o Wolfenbüttel. A la muerte del padre de Federico II, la Real Biblioteca Pública comprendía 72.000 volúmenes, además de unos 2.000 manuscritos. Sólo a partir de 1775, Federico hizo construir una nueva biblioteca cerca de la Ópera, la cual, a su muerte, albergaba en su piso superior 150.000 volúmenes, aunque la catalogación llevaba décadas de retraso. A los hábitos de lectura se sumaba, en toda esa época, la práctica literaria en solitario a través de dietarios y correspondencias. Tales documentos son en la actualidad una fuente inagotable de datos sobre la vida privada de la época.

En 1751 se fundó en Berlín una fábrica de porcelana que intentó competir con la más famosa de Meissen, que todavía existe en Sajonia. El comerciante Gotzkowsky vendió la fábrica berlinesa a la Corona en 1763, conociéndose en adelante con el nombre de Real Fábrica de Porcelanas. En la artesanía, en general, se impuso el gusto lúdico y sereno del rey (el rococó fridericiano termina con su muerte, en 1786). Pero, al fin y al ca-

bo, el rey concedía mayor importancia a la música que a las artes decorativas.

La Ópera berlinesa se encontró bajo el dominio total de los gustos de la aristocracia, estrenándose pocas obras nuevas. En 1748 se inauguró una ópera bufa italiana que representaba sus obras en Berlín los miércoles durante el Carnaval. El resto del tiempo se representaba en Potsdam. Tan sólo en 1775 se adecuó un edificio propio, situado en el Mercado de los Gendarmes, para esa ópera bufa. El centro cultural había sido, durante mucho tiempo, el palacio de Charlottenburg, en donde se celebraban fiestas con óperas y ballet incluidos, pero que no podía competir en esplendor con la corte sajona de Augusto el Fuerte, en Dresde. El padre de Federico II, con su afición a la caza y su estilo rufianesco, tampoco contribuyó en buena parte a tal estado de deterioro. Cuando el hijo mandó construir una nueva Ópera, terminada en sólo dos años (de 1741 a 1743), y sobre todo la construcción del palacio de Sanssouci (entre 1745 y 1748), Berlín se convirtió de golpe en ciudad galante al gusto afrancesado.

La preferencia de Federico II por la cultura francesa le orientó en todo lo relativo a la actividad teatral hacia Molière, Corneille y Racine, despreciando a Shakespeare, pues, en su opinión, éste transgredía las leyes de la poética aristotélica. Así pues, el teatro de comedias de Berlín se encontró bajo el signo de la convención francesa. Una honrosa excepción fue quizás el estreno, en 1749, de *Naine*, de Voltaire, «comédie larmoyante» (es decir, comedia lacrimosa), que iba a influir positivamente en la gestación de la tragedia burguesa de Lessing, auténtico impulsor de un teatro alemán propio. A pesar de haberse ocupado el rey en su escrito *De la littérature allemande* de esta vertiente artística, no conocía a los grandes nombres del momento, como Lessing y Wieland. Tenía los gustos, en este terreno como en la música, atrasados.

Federico II profesaba, desde luego, inclinaciones más estetizantes que su pragmático padre. La escena musical durante su reinado rechazaba la erudición de la época barroca, tal y como se manifestaba en la técnica contrapúntica del solemne Bach. Se buscaba la elegante ligereza y serenidad del rococó, las resonancias de un Haydn, de la misma manera que en el arte pictórico el rey dio preferencia a las escenas campestres. Los instrumentos predilectos eran el clavicordio y el clavecín. Federico compuso gran número de sonatas y conciertos para flauta que, según testimonios fidedignos, ejecutaba con notable virtuosismo. Era, en definitiva, un diletante con una ambición fuera de lo común. Su ópera *Moctezuma* se estrenó en lengua italiana, el 6 de enero de 1755, en la Real Ópera de Berlín. Es ya legendario que Juan Sebastián Bach, en 1747, visitó Potsdam, en donde su hijo Carl Philipp Emanuel se encontraba al servicio del rey, quien subestimó por completo el talento de éste. A Federico le impresio-

naba sobre todo la capacidad de Juan Sebastián de improvisar sobre la marcha complicados pasajes perfectamente elaborados y contrapuestos que demostraban el dominio armónico del músico, así como su singular capacidad de traducir estas teorías a la creación de piezas de gran belleza formal. Es conocida la anécdota de que el rey le comentó admirado a Bach (nombre que en alemán significa arroyo o riachuelo): «¡Usted no es un Bach, usted es un océano!». Le encargó la composición de un tema real que Bach arregló como «*Ricercare* a seis voces», con el título de «Dádiva musical», sin duda una importante pieza en la música universal.

Tras esta mi larga incursión en la manifiesta representatividad externa del poder estatal, me parece oportuno trazar también su presencia en la vida cotidiana.

Bajo el absolutismo ilustrado se comienza a perfilar, en el orden social, el desarrollo de la burguesía. Los antiguos estamentos quedan cada vez menos delimitados. El rey, como déspota ilustrado, se encargó de fomentar la administración imparcial de la justicia y de generalizar la escolarización, desde la escuela primaria hasta las Academias. Así, por ejemplo, destaca en el sistema educativo la relativa nivelación entre escuelas reales y comunales, existiendo pocas diferencias, en cuanto a la orientación de la enseñanza, entre el Liceo de Federico Guillermo «Ciudad de Berlín» y el liceo real de Joachimsthal. En 1747 se da un primer paso en Berlín hacia una enseñanza práctica con la fundación de la primera «*Realschule*», que en cuestión de pocos años alcanzó la cifra de 1.267 alumnos, una de las cotas más altas de matrícula en la Enseñanza Secundaria. En el último tercio del siglo, el filantropismo de Basedow —versión alemana del Pestalozzi suizo— dio nuevos impulsos para una reforma educativa en la población entera. En 1783 se fundó en Berlín una primera institución para sordomudos.

Como Berlín era la residencia de la Corte, se fue generando un importante sector de servicios, y un alto porcentaje de la población entró como criados en las casas de la aristocracia. Fue una etapa en que todavía pervivía el carácter rural en las afueras de esta nueva capital, por lo que el campesinado aún formaba parte de la población suburbana.

La composición demográfica de Prusia era, durante el reinado de Federico II, más bien atípica. En 1740, para una población de algo menos de 3 millones existía un ejército fijo de 80.000 hombres. En 1786, Prusia tenía 5 millones y medio de habitantes y un ejército de 235.000 hombres (tantos como toda Francia). El monarca se apuntó algunas victorias brillantes en batallas contra un enemigo mucho más numeroso, pero, claro está: dos terceras partes del presupuesto del Estado iban destinadas a gastos militares. La conquista de Silesia supuso asegurar unas fuentes de importantes minerales, además de su industria textil. Berlín se convirtió en

un importante centro industrial, sobre todo por sus telares, cuyo número aumentó, en 1796 y tras la debilitada competencia francesa como consecuencia de la revolución, a 4.500. El sistema continental napoleónico terminó con este auge de la industria de la seda en Berlín. La otra rama de la industria —la manufactura de porcelanas— no dejaba de ser, como los telares de seda, una industria de lujo que requería de constantes subvenciones por parte del Estado. Por lo demás, Berlín, por su condición de capital, se beneficiaba de las industrias que había en otras partes de Prusia, como la minera, la maderera y el importante comercio de la sal. Además, desde 1669 los canales del Havel y del Spree comunicaban la ciudad, convenientemente para el comercio, con Breslau y con el puerto libre de Hamburgo.

Debido al fraccionamiento territorial de Alemania, no había política monetaria ni tampoco una moneda única, y el valor de los ducados, táleros y cruzados no era el mismo en todos los Estados. Prusia vio dos reformas monetarias durante el reinado de Federico II. El primer banco de Berlín se estableció en 1763. Sobre todo tras los enormes gastos y sacrificios en vidas que supuso la Guerra de los Siete Años, se produjo una crisis económica que se extendió a todas las esferas de la vida. Se promulgó un edicto, en 1774, contra los juegos de azar, aunque se toleraba e incluso se fomentaba la lotería estatal porque fortalecía las mermadas arcas públicas. La carestía de la vida y el crecimiento de la población afectaban principalmente a las clases bajas, por lo que muchas mujeres se vieron obligadas a contribuir a las ganancias de las familias con labores caseras o entrando al servicio doméstico. Es por ello que la mujer burguesa se ve cada vez menos ocupada y puede dedicar más tiempo al ocio.

Los matrimonios contaban con un promedio de diez embarazos; la mortandad infantil antes de cumplir los cinco años era entre el 30 y el 50%. Según algunas fuentes, hacia finales del reinado de Federico II, el índice en Berlín de hijos ilegítimos era del 20% de todos los nacimientos. El trabajo infantil, a partir de los 6 ó 7 años, se consideraba normal, como en otras partes de Europa. La esperanza de vida en Prusia era de treinta años para las mujeres, y la de los hombres no era mayor, pues influyeron en esas cifras las bajas por guerras (medio millón en la de los Siete Años).

Berlín, a pesar de ser una de las pocas ciudades alemanas superior a los cien mil habitantes, causaba a primera vista una impresión más bien provinciana. Sobre todo los suburbios ofrecían un aspecto deplorable de pobreza y retraso. En el centro abundaban las viviendas lujosas, pero la gente de bajo salario tenía grandes dificultades para encontrar un alojamiento adecuado, aparte de que los salarios en Prusia eran notablemente inferiores al nivel de otras ciudades europeas. Había un número crecien-

te de artesanos y pequeños burgueses que vivían en régimen de alquiler. Debido a la escasez de suelo, se construyeron edificios de varias plantas. Tres cuartas partes de los 28.000 hogares berlineses eran de alquiler. La creciente densidad hizo necesario, ya en 1735, un reglamento callejero para proteger a los transeúntes del tráfico de carruajes, a la vez que se ordenaba la limpieza diaria de calles y aceras. Quedaba prohibido verter basuras en los canales o cerca del palacio, siendo éstas transportadas a lugares alejados de la ciudad. También se reglamentaron en Berlín instituciones como la policía, el correo, los bomberos y los seguros contra incendios.

En lo que concierne a otros aspectos de la vida cotidiana, la alimentación era, para el grueso de la población, más bien pobre. Los alimentos básicos eran el pan, el mijo y la sémola. Hasta la introducción de la patata —en 1775 se la llamó «el maná del pobre»— jugó un papel primordial en la alimentación de esas zonas centroeuropeas el repollo o la col.

Otro dato curioso es que el café, introducido por las clases altas, encontró amplísima difusión entre todas las capas de la población, hasta tal punto que hacia finales del siglo XVIII constituía parte de la «trilogía de los pobres», es decir: café, patata y pan. Otras nuevas bebidas como el chocolate estaban reservadas a los ricos, mientras que el té y el café —a pesar de que suponía un cierto lujo y a menudo se suplía con achicoria— tuvieron tal aceptación que incluso cambiaron los hábitos alimenticios, estableciéndose la costumbre de acompañar estas bebidas calientes con pastas o fiambres y añadiendo desayuno y merienda a las dos comidas diarias. En consecuencia, aumentó también el consumo de azúcar. Igualmente se impuso por la época el consumo de cerveza entre los berlineses y hacia finales del siglo el aguardiente, que cobraría mayor importancia durante el XIX. Muchos elementos de esta nueva alimentación perviven hoy en día. Recordemos que los americanos, en la Segunda Guerra Mundial, llamaban a los alemanes despectivamente «krauts» (repollos), o que, a finales de nuestros sesenta, los *hippies* alemanes fueron calificados en el extranjero como «coliflores».

Todos esos datos, creemos, vienen al caso para ilustrar cómo se pasa, en el siglo XVIII, del concepto de lo «público» al de lo «privado», porque, como señala Philippe Ariès en su monumental y popular obra *Historia de la vida privada* —obra que por cierto ha conseguido gran difusión en España recientemente—, el modelo evolucionista lineal en la historiografía «enmascara la mezcolanza real de las observaciones significativas, la diversidad y el abigarramiento, que se cuentan entre las principales características de la sociedad occidental de los siglos XVI al XVIII»<sup>2</sup>. Y conviene

---

<sup>2</sup> Philippe Ariès / Georges Duby, *Historia de la vida privada*, 5, Madrid, Taurus, 1991, p. 8.

estudiar también esa intrahistoria, porque afirma Ariès, «la división en períodos de la historia política, económica o incluso cultural no cuadra con la historia de las mentalidades»<sup>3</sup>.

En suma, la frontera entre lo público y lo privado se traza en el lugar exacto por donde la sociedad se va transformando, lo cual sucede principalmente en tres instancias con cuyo resumen voy a terminar mi intervención:

En primer lugar, el nuevo cometido del Estado, que interviene cada vez más en materias que durante mucho tiempo quedaron fuera de su alcance. Aunque ese nuevo Estado no es en todas partes de Europa absolutista como en Prusia, sí es siempre administrativo y burocrático y se manifiesta en la «autoridad pública [que] el Estado reivindica y ejerce»<sup>4</sup>. De ahora en adelante, los funcionarios están al servicio del Estado soberano. Pero, a partir de 1789, el debate se librará entre la soberanía dictada desde arriba o desde abajo: poder aristocrático o democracia. También se ponen sobre el tapete conceptos como el cumplimiento del deber, virtud prusiana por excelencia, pero de la que en la historia se llegó a abusar en repetidas ocasiones y que desde entonces se identifica con la cerril ejecución de las órdenes dadas por una autoridad.

El segundo factor es la difusión de la lectura que permite una reflexión solitaria, pero también la adquisición de conocimientos empíricos, circunstancias que confluyen asimismo en la creciente emancipación burguesa en el siglo fridericiano y que llevan en su seno las principales evoluciones políticas y sociales del siglo siguiente.

El tercer acontecimiento es el que establece nuevas formas de religión que desarrollan una piedad interior, un examen de conciencia, si se quiere, y que generan, a su vez, como subproducto, una literatura autógrafa. Como dice Kant en su famoso ensayo de 1784 *Qué es la Ilustración?*:

«El uso público de nuestra propia razón debe ser siempre libre, y sólo él puede traer la Ilustración entre los hombres; pero su uso privado puede estar limitado con rigor, sin que por ello impida sensiblemente el progreso de la Ilustración.»<sup>5</sup>

La idea del derecho al uso público de la razón, que en privado debe ser refrenado por la disciplina y las leyes, atestigua a la perfección el ejercicio del poder por parte de Federico II en todos los ámbitos de la vida.

<sup>3</sup> Introducción de Philippe Ariès, «Para una historia de la vida privada, *op. cit.*, p. 8.

<sup>4</sup> Introducción de Roger Chartier a «Figuras de la modernidad», *ibid.*, p. 22.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 24.

Para la elaboración de este ensayo hemos utilizado la siguiente bibliografía:

- Ariès, Philippe, y Duby, Georges, *Historia de la vida privada*. 5, Madrid, Taurus, 1991.
- Copleston, Frederick, *A History of Modern Philosophy 6.1: The French Enlightenment to Kant*, Nueva York, Image Books, 1964.
- Henderson, William O., *Studies in the Economic Policy of Frederick the Great*, Liverpool y Londres, 1963.
- Magnan, André, *Contributions à la biographie de Voltaire. Autour du séjour en Prusse 1750-1753*. Thèse du 3ème cycle, París, 1980.
- Prados, José María, «El Rococó en Francia y Alemania», *Historia del Arte*, 32, Historia 16, 1989.
- Rosenberg, Hans, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy: The Prussian Experience*, Cambridge (Mass.), 1958.
- Russell, Bertrand, *History of Western Philosophy*, Londres, Allen & Unwin, 1965.
- Theodor Schieder, *Friedrich der Große. Ein Königtum der Widersprüche*, Frankfurt, Ullstein, 1987.
- Ziechmann, Jürgen (ed.), *Panorama der fridericianischen Zeit*, Bremen, Edition Ziechmann, 1985.